



LA AGENCIA
Una espía en casa



Y S Æ E



VERSATIL
ediciones



PRÓLOGO

Agosto de 1853
Juzgados Penitenciarios Centrales de Old Bailey
Londres

Debería estar prestando atención al juez.

En lugar de eso, la atención de Mary se centraba en las moscas revoloteando alrededor de sus tobillos en el banquillo de los prisioneros y en el interés principal de estas: el charco de orina rancia a sus pies. No era suya. Algún desgraciado había perdido el control de su vejiga horas antes, aunque el charco permanecería allí hasta... bueno, hasta bastante después de que se acabara su caso, de eso estaba segura.

Era extraño el modo en que cambiaban sus sentimientos. En el calor de la tarde, el zumbido de las moscas era el sonido que más resonaba en su cabeza. La voz de tenor con un deje nasal del juez era lo último de la lista, después de los persistentes comentarios de alguien situado en la galería. Si agudizaba la vista lo suficiente, podía distinguir el halo grisáceo de unos cabellos. ¿Un loco? ¿O simplemente alguien que se alegraba que fuera otro quien ocupara el banquillo de los prisioneros?

El fiscal —deformado por culpa de su peluca de la que se desprendían polvos blancos cada vez que giraba la cabeza— se había divertido de lo lindo. Había utilizado su juventud («¿Cuánto más depravada puede ser alguien tan joven, que ya ha llegado tan lejos y tan rápido a través de los espinosos senderos del mal...?») y su peligrosa apariencia («un cabello tan oscuro solo puede ser una muestra más de su oscura alma»). Una maldad de este calibre debe ser arrancada de raíz (con aquel cliché se refería a la horca). No había dicho nada para defenderse. No tenía nada que decir.

La voz del juez, que le llegaba entre el excitado zumbido de las moscas, se cernía sobre ella, de repente demasiado cercana e íntima:

—Por el delito de allanamiento y robo de casas, Mary Lang, se la condena a morir en la horca. Que Dios se apiade de su alma. —La última frase parecía una burla. ¿Cómo no?

Se produjo un cierto alboroto en la sala, aunque ningún murmullo de sorpresa. Mary alzó la barbilla y fijó la vista en la galería, donde los espectadores parecían incómodos debido al calor de la tarde de verano. Solo una figura, una mujer vestida de luto no riguroso, con el velo retirado del rostro, le miró a los ojos. Y le guiñó un ojo.

Mary pestañeó. Cuando volvió a mirar, la señora se había ido. La guardiana ya se la llevaba a rastras del estrado, a través de la sala y del largo corredor, el cual apestaba a basura y a cebolla, hasta la fría humedad de los subterráneos.

La guardiana le rodeó los hombros con su fuerte brazo y la zarandeó bruscamente.

—No vayas a desmayarte ahora, jovencita. —Tenía una voz ronca con acento de la zona oeste del país.

—No lo haré —murmuró Mary tambaleándose sorprendida. Pero la mujer volvió a empujarle con una sacudida en los hombros, con la suficiente fuerza como para hacer que le temblaran las piernas.

—Desde luego, ¡que el Señor se apiade de tu pequeña y débil alma! —A través de las faldas, la guardiana le endosó una patada a Mary en el pie, haciendo que se tropezara de nuevo—. ¡Por Dios! ¡Mocosa delgaducha, no quiero más numeritos!

Casi habían llegado al lugar donde les esperaba la carcelera. La guardiana retorció la muñeca izquierda de Mary a sus espaldas. Las esposas de hierro se le clavaron en la carne, provocándole un leve siseo de sorpresa. La mujer le sacudió los hombros con rudeza, parlotando sin parar con la carcelera:

—¡La maldita niña se desmaya todo el rato! ¡No soporto estos aires de señorita, te lo aseguro! —Su voz estridente ahogaba las respuestas de las carceleras que estaban más cerca— ¡Ya la arreglaría yo con un buen chapuzón en un abrevadero! —clamaba la mujer con furia.

Mary decidió cojear. ¿Qué más le daba otro cuarto de hora de abusos? La arrastraron al exterior, atravesando el patio empedrado, mientras la guardiana seguía zarandeándola y gritándole. Los hombres se agolpaban en la puerta, riéndose ante el espectáculo. Cuando llegó al abrevadero que estaba en la esquina del patio, mientras seguía agarrando a Mary por debajo del brazo, la guardiana extrajo un tosco pañuelo del bolsillo y cubrió con él la boca y la nariz de Mary. Un nuevo olor, dulce y frío, le invadió las fosas nasales. Forcejeó por un instante, asombrada por la expresión reflejada en los ojos de la mujer.

Y luego el cielo se oscureció.

¿Aquello era la muerte? Sentía la boca pastosa y la cabeza embotada. No sentía los dedos de las manos. Probó a frotarse los dedos y se percató, para su sorpresa, que ya no tenía las muñecas esposadas. De hecho, estaba flotando, envuelta en lino y entre suaves mantas. Se dio la vuelta y frotó el rostro contra la almohada, como si fuera un gatito. El aroma que desprendía era muy agradable aunque totalmente desconocido. Por el momento, no se había topado con ninguna laguna de fuego. Ni tampoco con ningún coro celestial. No vio razón para moverse, ni siquiera para abrir los ojos.

—¿Mary?

Nunca se había detenido a considerar que Dios pudiera ser una mujer. Poco a poco, sin ganas, logró alzar los pesados párpados y mirar a la persona que le estaba hablando.

La mujer se había cambiado el traje de luto color lavanda por algo más oscuro, pero no cabía duda de que era la dama que le había guiñado un ojo desde la galería. Eso significaba que no estaba ni en el cielo ni en el infierno.

—¿Cómo te sientes?

La pregunta parecía irrelevante. Mary deslizó la mirada por la habitación, amplia, amueblada con sencillez, iluminada por velas, y volvió a centrarse en la mujer que le había guiñado un ojo.

—No lo sé.

—Puede que te duela la cabeza; el cloroformo a veces tiene ese efecto, aunque usamos la menor cantidad posible.

Cloroformo: una cuirosa palabra para una sustancia tan peligrosa. Había oído rumores de brebajes que te dejaban sin sentido, pero no les había hecho caso y las había considerado mentiras piadosas.

—Debes de estar sedienta. —La señora le ofreció un vaso de algopálido y brumoso. Antela indecisión de Mary, estasonrió—. Puedes beberlo. —Para demostrárselo, ella misma bebió un sorbo.

El primer sorbo de Mary fue de prueba. Pero cuando notó el frescor del líquido en la boca, se lo bebió de un trago. Estaba sedienta. Limonada: la había probado una vez, hacía un par de años. Lamentando que se hubiera acabado, se limpió los labios y miró a la dama. Todavía se sentía un poco mareada, pero su curiosidad pudo más.

—¿Por qué?

—¿Por qué no empezamos por el «dónde» y el «quién»? Después te explicaré el porqué y el cómo.

Mary asintió. Se sentía engañada.

La señora rellenó el vaso de Mary y se sentó al borde de la cama.

—Me llamo Anne Treleaven —empezó— y soy la jefa de estudios de la Academia para Señoritas de la Señorita Scrimshaw. Nuestra fundadora fue una mujer acaudalada y excéntrica cuyo único deseo era ayudar a las mujeres a conseguir

el nivel de independencia adecuado. En nuestro país, la educación para las chicas es, en general, muy deficiente, incluso para las ricas, y muchas jóvenes ni siquiera reciben una educación básica. De modo que la señorita Scrimshaw decidió fundar una escuela.

Hablaba lentamente, pero sus ojos tenían una mirada intensa y no se apartaban del rostro de Mary.

—Somos algo así como una escuela benéfica, ya que muchas de nuestras estudiantes no podrían permitirse nuestras tarifas. Sin embargo, somos una institución poco usual porque de vez en cuando escogemos a nuestras alumnas en lugar de esperar a que acudan a nosotras. Buscamos a las chicas que puedan beneficiarse mejor de la educación especial que ofrecemos. —Hizo una pausa—. Te hemos escogido a ti.

—Supongo que creará que está siendo generosa. ¿Qué le hace pensar que deseo ser elegida? ¿Suponga que *quiero* ir a la horca? —dijo Mary frunciendo el ceño.

En lugar de mostrar estupor y ultraje, el rostro de Anne mostró una cierta sorna.

—Deja de refunfuñar. No es nuestra intención obligarte a quedarte aquí a la fuerza. Puedes irte cuando quieras e ir directamente a prisión, si así lo deseas; Tyburn no está lejos de aquí. Pero espero que al menos escuches lo que tengo que decir unos minutos antes de decidir.

Mary se sintió mal por su comportamiento infantil. Se encogió de hombros.

—Mis colegas llevan observándote durante un tiempo. Ya conoces a una de ellas, la guardiana del Old Bailey, naturalmente; otra te estuvo observando en la prisión de Newgate durante las semanas previas a la sentencia. Ambas quedaron sorprendidas por tu inteligencia. También sintieron curiosidad por el hecho de que te declararas culpable, en lugar de insistir en un juicio. La mayoría de la gente acusada de crímenes capitales insisten en su inocencia, tanto si es verdad como si no. Pero tú no lo hiciste. ¿Por qué, Mary?

Tras una pausa, Mary volvió a encogerse de hombros.

—Tal vez estaba harta.

—¿De mentir? ¿De robar? —Los ojos de Anne brillaron

mientras volvía a llenarle el vaso con agua— ¿O quizás de vivir?

El parpadeo de Mary fue el equivalente de una confesión en toda regla de otro tipo de chica, una menos embrutecida.

—Estás sorprendentemente resignada a morir para ser alguien tan joven.

—Doce años son más que suficientes —contestó. Los extraños con buenas intenciones, especialmente las mujeres, siempre trataban de obtener una lacrimosa confesión de los sufrimientos de su vida. Hacía años que no caía en aquella trampa.

Anne alzó una de sus delgadas cejas:

—Justo lo que mis colegas sospechaban. Por eso te hemos traído a la Academia, Mary. Con la esperanza de que puedas encontrar un proyecto de vida diferente que sea más tolerable.

—¿Quiere decir como una pequeña doncella honesta? ¿Para que las damas de alcurnia disfruten pegándome por ocho libras al año? —Escupió en el suelo— Creo que no.

—No, Mary, eso no. *Nunca*. —La expresión de Anne se endureció.

—Entonces está loca. No me espera nada más, no para los de mi clase.

—En eso te equivocas.

—¿Ah, sí?

—Eres inteligente, Mary. Y feroz. Y ambiciosa. Existen unas cuantas profesiones abiertas a las mujeres; puedes ejercer alguna de ellas. —Anne hizo una pausa e inclinó la cabeza—. Y existen una o dos oportunidades disponibles para mujeres con habilidades excepcionales... pero hablar de estas cosas ahora sería, digamos, prematuro.

Absurdo. Nadie tenía nunca una segunda oportunidad. De eso estaba segura. Oh, Señor... ¿es que los inesperados halagos se le iban a subir a la cabeza?

—¿Dónde está la trampa? —exigió Mary.

De nuevo, Anne no pareció sorprendida por la pregunta, ni por su falta de modales.

—Como ya te he explicado antes, nuestro propósito es ofrecer a las jóvenes una vida independiente. Demasiadas mujeres se ven obligadas a contraer matrimonio; y muchas más carecen de dicha oportunidad y se ven avocadas a la prostitución o a algo peor para poder sobrevivir. Nosotras creemos que una sólida educación es la mejor ayuda para que nuestras alumnas puedan valerse por sí mismas. —Hizo una pausa—. No todas nuestras estudiantes lo han logrado. Hay pocas profesiones disponibles para las mujeres, lo cual lo convierte en una empresa aún más difícil. También hay algunas que prefieren casarse antes de enfrentarse al duro trabajo, sin darse cuenta de que el matrimonio con un hombre violento o alcohólico es más difícil que cualquier otra profesión. Pero ellas escogen su camino. No podemos imponer nuestras ideas a nuestras alumnas.

«Pero yo no estoy de acuerdo. Mis colegas creen que eres alguien que anhela la independencia y que desea abrirse su propio camino en el mundo. Estás acostumbrada a tomar decisiones y a cuidar de ti misma. Aquí, en la Academia, podemos ofrecerte una oportunidad para obtener dicha independencia. Podemos ayudarte a escapar de la vida delictiva, o si prefieres, a reinventarte a ti misma. Una oportunidad para mejorar tus expectativas... para convertirte en la persona que podrías haber sido, si el destino hubiera sido más amable contigo.

Mary tragó saliva. Las ideas de Anne eran extraordinarias, toda una revelación, aunque improbables. ¿Cómo podían sus sentimientos cambiar tan rápidamente? Cinco minutos antes había estado maldiciendo a las mujeres que la habían arrastrado fuera de la prisión y le habían privado de la certeza de una muerte segura. Y ahora le aterrorizaba pensar que aquella promesa pudiera convertirse en un simple truco barato para ganarse su confianza.

—Todavía no has respondido a mi pregunta —dijo Mary con la voz entrecortada. Temía que le temblara la voz—. ¿Qué ganas tú con todo esto? ¿Cuál es el truco?

De pronto se dio cuenta de que los ojos de Anne eran del color del acero:

—Odio ver como las niñas se convierten en víctimas —le contestó con vigor—. Tú estuviste a punto de ser una de ellas. Eso es lo que gano. —De pronto tomó entre sus dedos la fría mano de Mary—. Y el truco, querida, consiste en que vas a tener que estar dispuesta a trabajar duro para conseguirlo. Eso es todo.

La forma en que le cogió la mano sorprendió a Mary más de lo que le hubiera sorprendido que la hubiera golpeado. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien la había tocado de aquel modo? La guardiana, obviamente, le había dado unos cuanto empujones; parecía que por una buena causa. Los hombres trataban de manosearle las faldas en la calle. Los borrachos chocaban con ella en los callejones atestados y en los bares. Los niños pequeños se tropezaban con ella cuando se tambaleaban por entre la muchedumbre. Pero la última vez que alguien la había tocado, a *ella*, a Mary, con afecto... no había ocurrido desde la muerte de su madre.

Conmovida, retiró la mano. Esto no puede ser verdad. Será otro callejón sin salida. No hay esperanza. Lo aprendiste hace años, tonta. Respiró hondo y abrió los labios para renegar de todo aquello, pero, en su lugar, salieron dos palabras en un susurro:

—Por favor...